
RUIZ GUTIÉRREZ, Alicia y CORTÉS BÁRCENA, Carolina (eds.) (2017), «*Memoriae civitatum*»: arqueología y epigrafía de la ciudad romana: estudios en homenaje a José Manuel Iglesias Gil, Editorial de la Universidad de Cantabria, Santander, 550 páginas, ISBN 978-84-8102-835-5.

TODA gran civilización a lo largo de la historia ha tenido interés en que sus grandes hitos –por ejemplo, fundacionales– pervivan en el tiempo en la memoria colectiva. Es el caso de Roma y de sus pequeñas réplicas en las ciudades de su vasto Imperio, donde los restos epigráficos y arqueológicos nos han permitido conocer esos hitos fundamentales y esos personajes relevantes que la hicieron funcionar. Los textos de los historiadores romanos nos han permitido conocer algunos de los más importantes, pero, sin duda, los restos hallados en las excavaciones nos han permitido acercarnos a aquello que Tito Livio, Salustio o Plinio no fueron capaces de transmitir.

Aunque no solo, el caso hispano se expone en esta obra colectiva dirigida por Alicia Ruiz Gutiérrez y Carolina Cortés Bárcena y que agrupa veintidós estudios basados en restos epigráficos o arqueológicos «de uno a otro extremo del Imperio Romano» (página 10). El objetivo de esta obra es presentar aquellos elementos comunes de las *civitas* romanas, y mostrar algunos ejemplos singulares de ciudades hispanas. Se trata, además, de un home-

naje rendido al profesor José Manuel Iglesias con motivo de su jubilación.

Tras la lectura de la obra se adivinan rápidamente tres partes. Mientras que los cuatro primeros capítulos tratan cuestiones generales de la epigrafía y arqueología de la *civitas* romana, la gran mayoría de la obra se centra en casos concretos. Por último, los dos últimos capítulos avanzan en el tiempo y analizan la memoria y la utilización de la misma por parte de los humanistas en el Renacimiento.

Enrique Melchor Gil se centra en el primer capítulo (páginas 23-50) en los modos de obtener una estatua pública en una ciudad romana, que resume en tres: «Mediante la obtención de decretos decurionales, realizando donaciones o gracias a peticiones populares e individuales» (página 45). Los ciudadanos que reunían suficientes *merita* buscaban pervivir en la memoria colectiva de la ciudad y alcanzar la inmortalidad. Algunos quizás lo han conseguido, puesto que han llegado a nuestros días.

Aunque tradicionalmente se ha limitado la presencia de soldados en las ciudades de las provincias para la edificación

de la red viaria, Juan José Palao explica en el segundo capítulo (páginas 51-80) que la epigrafía atestigua que esta presencia «parece haber sido habitual a lo largo de la historia de Roma», en función del criterio de las autoridades locales. Estas personalidades también eran clave a la hora de establecer los *termini* que marcaban el límite de los territorios cívicos, tal y como explica Carolina Cortés Bárcena (páginas 81-108). A ello añade la clara finalidad propagandística de estos monumentos, pues fijaban «los límites del territorio en el que el propietario podía ejercer su jurisdicción y explotar sus recursos» (página 104). Se trata, una vez más, de reflejar el poder de Roma y de sus representantes en los distintos territorios.

María Ángeles Alonso trata, por último, el ejercicio de la medicina durante la República y el Alto Imperio romanos (páginas 109-140), donde esta era «una actividad esencialmente doméstica» (página 109). No ha cambiado del todo en la ubicación respecto a hoy en día, pues los médicos trabajaban bien en la casa del paciente o bien en una *taberna* acondicionada para esta práctica. Además, los galenos podían ser encontrados en todas las tropas o en la propia administración imperial.

Felix Teichener da inicio en el quinto capítulo (páginas 141-160) a una serie de casos concretos. En este caso, el autor presenta distintas inscripciones halladas en la ciudad minera de *Ulpiana*, centro administrativo de la *Dardania* en época romana. Si dejamos al margen estos ejemplos, quizás es más importante señalar cómo en esta ciudad se dan unas condiciones ideales para la investigación arqueológica, ya que es «el monumento arqueológico más extenso y emblemático de la nueva República de Kosovo» (página

148). Hacia el final de esta reseña vamos a ver cómo en el Renacimiento las ciudades buscaban cierta legitimidad a través de los restos arqueológicos, pero con este ejemplo queda claro como esta práctica es totalmente contemporánea a nuestros días si nos fijamos en países que buscan justificar su reciente creación.

Jean-Pierre Bost escribe en francés sobre la epigrafía de las ciudades de la próxima región de Aquitania en el Bajo Imperio Romano (páginas 161-186). Este capítulo es una crítica en sí misma, pues se queja de la gran cantidad de documentación perdida por el «vandalismo histórico» y reprocha la habitual relación que se suele hacer en la historiografía entre la ausencia de inscripciones y la pobreza monumental de una ciudad.

Julián González estudia en el siguiente capítulo (páginas 187-206) el epígrafe de un pedestal de mármol blanco empotrado en el muro de una dependencia de la iglesia del Divino Salvador de Sevilla y, por tanto, de la antigua *Hispalis*. Se trata de un homenaje tributado a *Marcus Calpurnius Seneca* por los decuriones de la colonia *Romula* de gran importancia puesto que este personaje se encontraba al mando de la flota imperial que, durante el reinado de Antonino Pío, tuvo que sofocar las revueltas acontecidas en las dos Mauritancias. Es, por tanto, un ejemplo claro de agradecimiento de una ciudad a un hombre que garantizó «la continuidad del importante comercio marítimo» de su comunidad y la liberó «del peligro directo que le amenazaba» (página 203).

El complejo religioso de *Regina* ocupa a continuación un interesante capítulo (páginas 207-238) en el que José María Álvarez y Trinidad Nogales afirman

que a pesar de la escasez de la epigrafía reginense, «no se debe sobrevalorar el proceso urbanizador de *Regina*, ya que como se desprende del estudio en la red de cloacas, no parece que la población fuese excesiva y sí su carácter de centro administrativo dotado de considerables edificios oficiales» (páginas 231-232). Por tanto, se podría argumentar que comparten la crítica de Bost a la relación que se suele hacer entre la ausencia de inscripciones y la pobreza monumental de una ciudad romana.

Al margen de este debate, José Carlos Saquete (páginas 239-250) presenta un ara funeraria de *Augusta Emerita* que «sirve para profundizar en la “microhistoria” de la sociedad romana en general y de la sociedad emeritense en particular» (página 240). Saquete se une, por tanto, a la moda actual de hacer arqueología de aquellos que tradicionalmente han permanecido ocultos en la historiografía. En concreto, el epitafio recuerda a un matrimonio que fue incinerado en la misma fosa tanto por motivos sentimentales como económicos.

El capítulo de Joaquín Gómez-Pantoja y Donato Fasolini (páginas 251-266) es quizás el más «hispanico», ya que los datos que presentan acerca de una inscripción de Albuquerque relativos a la ciudad romana de *Ammaia* han permitido romper «la barrera mental impuesta por la frontera hispano-portuguesa» (página 262) que solo tiene sentido en parámetros modernos. Lo que ha demostrado es que el *territorium* de dicha ciudad se extendía a ambos lados de la frontera.

Otra ciudad meridional es tratada por Enrique Cerrillo a continuación (páginas 267-292). Se trata de la ciudad de

Cáparra y de su diseño urbano, un ejemplo más de esos «núcleos de carácter evolutivo, de *oppidum* a *municipium*» (página 286) que tanto se extienden por la geografía hispana. Lo que explica en este capítulo es el doble carácter y la centralidad de Cáparra, pues, por un lado, actuaba como foco emisor de las novedades de otros centros de su entorno en la *Lusitania* y, por otro lado, distribuía las novedades llegadas de otros lugares superiores desde un punto de vista administrativo.

La carrera militar de los hermanos *P. Licinius Maximus* y *P. Licinius Licinianus* a través del programa iconográfico del foro de *Laminium* y, en particular, de dos pedestales ecuestres centra el estudio de Juan Manuel Abascal (páginas 293-316). Lo interesante de este caso es que «cuatro inscripciones monumentales, ubicadas hoy en tres emplazamientos distintos, demuestran los lazos familiares de este grupo de origen levantino que acabó enraizando en las tierras de La Mancha» (página 293). Algunos ajenos a la arqueología se sorprenderán de que se haya llegado a esta conclusión teniendo en cuenta que las piezas fueron talladas por una misma persona como muestran sus mapas de daños.

En relación con la epigrafía abulense, María del Rosario Hernando (páginas 317-334) aporta una interesante reflexión acerca de «la paciencia como actitud» en arqueología. Según argumenta, «mientras no contásemos con inscripciones reales o con inscripciones que consintiesen lecturas indudables, lo más oportuno era ser paciente y esperar que los nuevos hallazgos permitiesen ofrecer argumentos sólidos al respecto» (página 318). Quizás ella misma se ha visto obligada a aplicar ese

criterio ante el deficiente estado de conservación de la epigrafía de Ávila. Hay que señalar, no obstante, que esta reflexión no significa que no se hayan encontrado inscripciones de un valor incalculable en Ávila, como la dedicada al emperador Nerón.

Una de las editoras de esta obra colectiva, Alicia Ruiz Gutiérrez, escribe un capítulo (páginas 335-364) sobre la epigrafía romana de Monte Cildá. El conjunto de inscripciones de las cuales la mayoría son estelas labradas supone «uno de los conjuntos epigráficos más numerosos del norte de la Península Ibérica» (páginas 336). Otra lección interesante que podríamos extraer es que, tal y como explica la autora, conviene centrar los estudios epigráficos en espacios reducidos ya que muchas zonas no estaban muy conectadas con los centros urbanos de tal manera que los cambios en las tendencias y en las modas tardaban más en llegar.

La acción de Tiberio en el medio y alto valle del Ebro centra el novedoso análisis de Juan Santos (páginas 365-386) que, además, hace de contrapunto frente a las habituales acusaciones a este emperador de ralentización en el desarrollo de este territorio. Se trata de «un marco geográfico amplio y conquistado en etapas sucesivas» (página 365) que, desde luego, hace difícil su desarrollo, pero que lo hace interesante para la investigación. Sin embargo, «hay un espacio en el valle medio del Ebro, entre la colonia *Caesar Augusta* y el *municipium Calagurritanum*» (página 374) en el que se desarrolla una floreciente economía. Por tanto, se podría concluir que Tiberio tampoco «quebró en el valle medio y alto del Ebro» (página 381).

En el siguiente capítulo (páginas 387-408), Julio Mangas aporta su visión sobre *Urunia*, un núcleo importante en época romana ubicado en la zona de Salamanca. Se trata de una «cabecera de una ciudad, que accedió a ser municipio latino» (página 393) y que contaba con indicadores claros de importancia en fechas altoimperiales como demuestran su presa, su muralla y otros citados.

Narciso Santos habla a continuación (páginas 409-430) sobre algunas *civitates* astur-romanas como las de los pélicos y las de los *Orgenomescos*. El autor explica muy bien el complicado proceso de conquista de estos territorios que pasó por tres etapas: «A una primera etapa de anexión siguió un periodo de ordenación del territorio para finalizar con el aprovechamiento de los recursos económicos» en un proceso en el que fue fundamental «una base administrativo-territorial» (página 409).

Si seguimos por el noroeste peninsular, Covadonga Carreño (páginas 431-460) habla sobre el foro romano de *Lucus Augusti* y de algunas de las primicias de su descubrimiento. Vuelve a incidir en que, como es bien sabido, «el conjunto monumental más emblemático de toda ciudad romana ha sido siempre su foro» (página 432). El criterio de centralidad geográfica daba paso a uno topográfico con los foros, sobre todo si tenemos en cuenta que se buscaba que aquellos edificios públicos más destacados se situasen en lugares prominentes para poder ser admirados.

La memoria y la concesión de honores vuelven a planear en el capítulo de Antonio Rodríguez (páginas 461-474) acerca de las primeras muestras de escritura documental en el noroeste hispánico y, en especial, de las famosas *leges civi-*

tatum. Se trata de los pactos de hospicio y patronatos en *tabulae* de bronce que tantas novedades han aportado a medida que se han ido descubriendo, como el Bronce del Bierzo, por el que se concedía a los habitantes del *castellum Pameiobrigense* «la inmunidad perpetua» (página 469) por haberles sido fieles. Pero la principal noticia que da este bronce, o que dio en su día, es la aparición de la desconocida hasta entonces provincia de la *Transduriana*, entre el Duero y el Cantábrico.

Ya al final de esta extensa parte de casos concretos, Juan José Cepeda y Jesús Ignacio Jiménez (páginas 475-492) confrontan los datos obtenidos en las excavaciones de *Iuliobriga* «con la imagen que aporta la bibliografía reciente sobre las casas de época romana identificadas en otros puntos del entorno provincial» (página 476), sobre todo en lo referido a la mítica casa del peristilo.

Esa utilización de la identidad romana con fines políticos aparece en esta tercera y última parte de esta obra colectiva. En el penúltimo capítulo (páginas 493-520), Manuel Ramírez explica cómo en el Renacimiento se produjo una recopilación de inscripciones antiguas y la invención de otras tantas, como él ve en el caso de Évora. Las élites buscaban «elevar la consideración de la ciudad por su importancia en la Antigüedad romana, de la que daban cumplida muestra algunos restos monumentales, muestras tangibles de un glorioso pasado» (página 495).

Eustaquio Sánchez trata en el último capítulo (páginas 521-550) un tema amplio

y que afecta a la fundación de ciudades no solo en época romana, sino que podría ser de cualquier otro momento histórico. La idea que subyace en todo esto es que «cuando un pueblo antiguo quiere buscar su identidad le sirven como datos fundamentales la fundación de núcleos poblacionales y la identificación del hombre, héroe, rey o jefe que la hizo posible» (página 522). Al fin y al cabo, esto es de lo que hablan los libros *De antiquitatibus Hispaniae* en los que los humanistas españoles daban una gran importancia a la fundación de ciudades y, por tanto, a los territorios y a los héroes que les daban sentido. Esta es la teoría de la nación postdiluviana según la cual «todo pueblo importante o que se quiera preciar de importante coloca sus orígenes en algunos de los sucesores de Noé» (página 523) como Tubal, nieto de Noé, en el caso español.

Hasta aquí llega este amplio estudio de la epigrafía y la arqueología de las *civitas* romanas. Los editores y los autores de cada uno de los capítulos han conseguido aportar visiones novedosas para combatir algunos de los vicios de la historiografía, tal y como ya se ha señalado en esta reseña. La combinación de capítulos generales con otros concretos bajo una mirada muy centrada en la memoria y en la identidad convierte a esta obra colectiva en imprescindible para comprender la epigrafía romana por sus aportaciones y por su relevancia en la actualidad. Y, también, en la comprensión que todavía hoy en día tenemos de las ciudades en las que vivimos.

Javier LAREQUI FONTANEDA
Universidad de Navarra